

## UN SÍNODO EN LA IGLESIA: LA PALABRA ENCARNADA

La décimosegunda Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos está dedicada a “la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Así, tras la anterior asamblea general dedicada a la Santísima Eucaristía, reflejada en la reciente Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* de Benedicto XVI, el Sínodo episcopal lleva a término una reflexión sobre las dos grandes columnas que sostienen la vida y la misión eclesiales; pues *Palabra* y *Sacramento* pueden ser considerados como los dos elementos con que se edifica la Iglesia.

### *1. Palabra y Encarnación*

Situar “la Palabra de Dios” en el centro de la reflexión converge con corrientes profundas de la vida social contemporánea. En efecto, hoy somos cada vez más conscientes del significado del lenguaje en la construcción de la sociedad; nos sentimos incluso interpelados a defender el uso y la vigencia de determinadas lenguas y culturas. Percibimos también, por otra parte, la necesidad de entender las formas de expresión que ofrecen las nuevas tecnologías, las electrónicas, los medios de comunicación o las informáticas. Conocemos la importancia de encontrar un lenguaje adecuado para el diálogo de la fe con la cultura del mundo actual.

Pero el “Sínodo de la Palabra”, que se comprende al servicio del anuncio del Evangelio, se dirige directamente a la raíz misma de toda construcción cultural –local o global que fuere–, es decir al hombre concreto y a su búsqueda radical del bien y de la verdad, de la vida definitiva<sup>1</sup>. El hombre, en su individualidad y sus exigencias profundas, es “el camino de la Iglesia”<sup>2</sup>, la cual no puede acomodarse, ni menos aceptar el horizonte – la dictadura, decía el card. J. Ratzinger<sup>3</sup>– de un relativismo o de un nihilismo escéptico.

La referencia prioritaria a las urgencias de la persona concreta se corresponde a

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Discours au Collège des Bernardins*, Paris, 12-9-2008

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*

<sup>3</sup> Homilía en la Misa *pro eligendo Pontífice*, Roma, 18-04-2005

la naturaleza del Evangelio y, aunque no da la prioridad a una estrategia cultural, es una opción consciente, razonable y de gran repercusión en las formas de construcción de la existencia. Implica reconocer la prioridad de la persona, lo irreducible y singular de su vida y de su conciencia, como principio clave de toda cultura. Este reconocimiento significa creer en el hombre y en su destino, no aceptar reducirlo a un momento más del proceso natural –de la evolución, por ejemplo– o a un pequeña parte de un gran mecanismo social; no acepta “deconstruir” al hombre, explicar su dinamismo “natural”, el objeto de su deseo y de su inteligencia, el alcance de su dignidad y de sus derechos fundamentales, de tal modo que no habría en él nada irremplazable, nada singular y definitivo, nada que no pudiera reducirse a las leyes de las ciencias naturales o sociales.

Se pone así en el punto de partida una afirmación antropológica esencial que es criterio decisivo: el hombre, que busca un bien definitivo, que busca lo que todos hemos llamado y llamamos “Dios”, tiene un valor tal, que no puede ser reducido o instrumentalizado al servicio de una voluntad, de un proyecto o de una utopía social.

Una consideración semejante de la dignidad, la conciencia y la libertad de la persona, puede ser vista hoy como un intento de poner en los fundamentos lo menos práctico, lo más irrelevante para el crecimiento del poder humano, cuando no incluso algo que sería un obstáculo en el camino de la evolución de la sociedad<sup>4</sup>; y, sin embargo, no se trata de un mero ejercicio utópico o de simple falta de realismo, ya que, de hecho, sobre esta base se ha construido lo mejor de la historia de nuestra tierra y de nuestra civilización.

En realidad, adquirir tales certezas y ponerlas en el centro mismo de la construcción de la vida ha sido posible, porque en medio del mundo –que por sí mismo no puede hacer semejante afirmación del hombre<sup>5</sup>– y en medio de la historia ha resonado una palabra diferente que ha hecho germinar y ha sostenido la conciencia, cargada de esperanza, del valor irreducible de cada vida humana, de que cada hombre está llamado a un destino propio, no está abandonado en medio de las fuerzas y poderes que lo circundan.

Esta fue la experiencia del pueblo de Israel, que nos transmite la Escritura: la

---

<sup>4</sup> Cf., por ej., N. LUHMANN, *Ausdifferenzierung des Rechts. Beiträge zur Rechtssoziologie und Rechtstheorie* (Frankfurt a. M. 1999)

<sup>5</sup> Cf. B. PASCAL, *Pensées* (ed. L. BRUNSCHVICG, Paris 1897), nn. 205, 206

Palabra de Dios ha resonado en la vida del Pueblo, y le ha dado una identidad y un destino propio. Quien no era históricamente nadie, un pueblo de esclavos inmerso en el mayor imperio del momento, es llamado y liberado por la Palabra de Dios. El Señor escucha su gemido, que sus opresores no escuchaban, y les envía a su siervo Moisés, los saca de Egipto, les da una Ley propia en medio de las naciones, los hace Pueblo suyo.

Esta relación con Dios va a determinar toda la historia de Israel, como testimonian los libros de la Escritura: Él lo acompaña en su instalación en la tierra de Canaán y le pide que no se acomode a las culturas dominantes en la zona, que se expresaban en su cultos y ritos a sus propios “dioses”; aunque estas culturas resultasen atractivas o pareciesen superiores a las de las tribus que entraban en aquella tierra. Y más adelante, constituido ya en reino, la Palabra de Dios acompañará al Pueblo en su camino por medio de los profetas, pidiéndole en el fondo lo mismo: que no deje de amar y obedecer a su Dios, que lo sacó de Egipto; que no corrompa el culto ni vicie su sentido, al modo de otras gentes; que no vuelva a confiar su existencia a Egipto o Asiria, al poder de los grandes imperios y a la fuerza de los ejércitos; porque, si el Señor los entrega a estos designios suyos, no podrán mantenerse, serán engullidos por las grandes corrientes de la historia. Y aún destruido Jerusalén y desterrado el Pueblo a Babilonia, la Palabra del Señor lo seguirá acompañando, hará posible su permanencia como Pueblo e incluso de nuevo su liberación. Esta tensión será vivida por Israel hasta el final: mantener la conciencia de su identidad como Pueblo de Dios, que de Dios espera al Mesías de la liberación definitiva, o vivir definidos por el juego de fuerzas de los poderes del momento.

La Palabra de Dios, anunciada por sus enviados, amigos y profetas, hará posible que Israel no se comprenda como una parte minúscula del proceso histórico, sin otro significado ni futuro, destinado simplemente a desaparecer en su momento. Se trataba de una Palabra presente en medio de la historia, reconocible y comprensible humanamente, pero que hacía presente una llamada definitiva, pronunciada por Dios.

En el camino del Pueblo, los profetas mostrarían cada vez mejor que esta Palabra no existía como consecuencia de factores intramundanos, por ejemplo de las características y valores culturales, morales o religiosos de Israel –que fue llamado desde la mayor pequeñez e insignificancia–, sino sólo a causa de la gratuidad inmensa del amor de Dios. Sólo el amor misericordioso y compasivo de Dios explicaba su palabra, su compromiso en la historia de Israel y con los hijos de los hombres.

Las Escrituras testimonian este acompañamiento del Señor a su Pueblo a lo largo de la historia, en las muchas y diferentes circunstancias de la vida. Y testimonian igualmente la tentación perenne de explicarlo todo desde los recursos humanos, desde las cualidades y las capacidades de los hombres, no creyendo en realidad en la gratuidad del amor de Dios, sino integrándolo en los propios esquemas, como un factor más, en el fondo controlable. Y testimonian al mismo tiempo sea el fracaso de este confiar en el poder humano –no confiéis en los príncipes, seres de polvo que no pueden salvar–, que conduce al pueblo por caminos sin futuro, sea la fidelidad permanente de Dios, el cual precisamente por lo gratuito de su amor, vuelve a buscar al Pueblo, ofreciendo esperanza de salvación y de libertad.

Las Escrituras, en su pluralidad, tienen pues una unidad de fondo, son la Palabra de Dios dirigida al pueblo de Israel a través de su historia. Son las Escrituras de Israel y son Palabra de Dios. Ambas cosas están inseparablemente unidas: son una Palabra cuyo origen no está en el pueblo, sino en Dios que lo llama, lo libera y lo conduce; pero, por otra parte, sin Israel, sin el camino abierto por su elección y llamada, no podría hablarse de una “Palabra de Dios”<sup>6</sup>. Separadas de la trayectoria histórica del Pueblo de Dios, consideradas como el desplegarse de una doctrina moral y religiosa, las Escrituras no podrían ser más que una expresión de la subjetividad religiosa humana en unas coordenadas espacio temporales determinadas, en una “región” particular del mundo. No podrían ser consideradas seriamente “Palabra de Dios”.

Así pues, sin una intervención histórica, que introduce una novedad en la vida de un pueblo concreto, sin el amor de Dios que elige, hace alianza, abre el horizonte de un destino bueno definitivo, no puede hablarse de “Palabra de Dios”. No es separable “palabra” y acontecimiento – liberador– en la vida del pueblo; no es separable la “palabra de Dios” del “amor de Dios”.

Pero si la Palabra de Dios está vinculada a la elección y al camino de un Pueblo, si se vanifica cuando se aleja de los hechos y acontecimientos de su historia, ¿no queda reducida a una experiencia regional, no compartible en realidad por quien no está vinculado a la estirpe concreta de Abraham, de Isaac y de Jacob? ¿Y no sería eso un escándalo inaceptable? ¿Sería creíble tal Dios “particular” y no “universal”? Esta

---

<sup>6</sup> Toma un punto de partida semejante para su trabajo teológico J. RATZINGER–BENEDICTO XVI, *Jesus von Nazaret*, Freiburg Basel Wien 2007

vinculación con la elección de un pueblo, ¿no sería contradictoria con la idea misma de Dios, que no puede ser entendido más que como único Señor del universo entero?

La Palabra de Dios se reveló sin duda en la historia de Israel, pero no como encerrada en sus límites. Ya las antiguas Escrituras hablan de la creación del mundo y de las promesas universales hechas a los primeros padres, y luego a Abraham y a los profetas, y explican cómo Dios es el Señor también de Asiria, Egipto o Babilonia, cómo los dioses de los pueblos y los ídolos no son en realidad nada.

Esta tensión interna entre la soberanía universal de Dios y la vinculación de su Palabra a un Pueblo concreto, sólo se resolverá en la manifestación definitiva de la Palabra de Dios en toda su plenitud, en la encarnación de la Palabra eterna en el seno de la representante del pueblo de Israel –y de la humanidad entera–, la Virgen María.

En Cristo el Padre nos entrega toda su Palabra, nos abre todo su corazón; dándonos al Hijo, nos lo da todo. Jesús manifiesta toda la verdad de Dios y lleva también al hombre a toda su verdad, desvelando la ley definitiva de la vida en el mundo, venciendo el pecado y la destrucción del hombre hasta la muerte, y conduciendo a la humanidad a la vida gloriosa y eterna que el Padre le quería otorgar, en la plena comunión divina<sup>7</sup>. En Jesucristo pronuncia el Padre su Palabra plena y definitiva, cumpliendo su promesa de enviar a Aquel que sería luz de las naciones y gloria de su pueblo, Israel<sup>8</sup>.

La Palabra de Dios se dirige así a todos los hombres, pero, de nuevo, no es separable del acontecimiento histórico de la Persona de Jesús. Él mismo es la Palabra hecha carne. Sin reconocer el hecho de la Encarnación, sin los acontecimientos pascuales de su muerte y resurrección, tampoco la Palabra es reconocida como “palabra de Dios” y se convierte de nuevo en simple expresión de la subjetividad humana, de un camino que no conduce más allá de las posibilidades de la naturaleza y del mundo, que inicia, se desarrolla y desaparecerá inevitablemente en los avatares de la historia. Pero entonces el hombre tampoco tendría otra esperanza, otro horizonte más que el que ofrecen los ciclos de la naturaleza y las fuerzas de la historia, incapaces siempre de afirmar de forma definitiva el valor y el destino definitivo de la persona concreta.

La figura histórica de Jesucristo hace posible creer definitivamente en la

---

<sup>7</sup> Cf. DV 4; GS 22

<sup>8</sup> Cf. Lc 2,32

revelación de la Palabra y del Amor de Dios a los hombres, a Israel y a la multitud de las naciones. Y sólo esta Palabra y este Amor, que supera los límites de las fuerzas humanas, permite revivir razonablemente la esperanza de que sea verdadero y de que pueda cumplirse el deseo inscrito en todo corazón de sentido y vida definitivas.

Así pues, todo el edificio de las Escrituras, las antiguas de Israel y las nuevas de sus apóstoles, descansa en Jesucristo como en su piedra angular. Sin él, sin reconocerlo como el Hijo de Dios hecho hombre, todas se reducen inmediatamente a una suma de documentos históricos venerables, escritos en tiempos y por personas diferentes, que nos hablan de la vida de pueblos y hombres antiguos, de cuya experiencia esperamos ciertamente extraer algún buen consejo. Podremos considerar estos consejos más o menos valiosos, más o menos anticuados y caducos; pero, en todo caso, no cambiarán las coordenadas, los límites y la esperanza de nuestra existencia. Si Jesús es –fue– simplemente uno como nosotros, entonces nosotros somos los mismos con Él que sin Él<sup>9</sup>. Pero Jesús es el Hijo de Dios, la Palabra eterna hecha carne, y no somos los mismos con Él que sin Él. En Él se dice con todo realismo y plenitud el amor de Dios, que nos afirma definitivamente en el ser a cada uno de nosotros, que nos dice: el que cree en mí, el que me sigue, vivirá para siempre<sup>10</sup>.

Por consiguiente, la condición para que el hombre pueda reconocer y comprender las Escrituras como verdadera Palabra de Dios, es que pueda encontrar y acoger la Palabra y el Amor que se nos ofrece en la historia a todos los hombres en Jesucristo, muerto y resucitado; es ser discípulo suyo, estar con Él, ser con Él lo que nunca seremos solos; es formar parte de su Pueblo, que es la Iglesia, en una unidad con Él –participando de su destino– cuya profundidad incomparable y asombrosa determina Él mismo, dándonos su propio Cuerpo y Sangre, su mismo Espíritu. Así afirmó Él de modo total su amor por cada uno, que había ratificado aceptando ir hasta la muerte en la cruz por los muchos. El hecho de la comunión radical en Cristo, por la que Él nos ha hecho un Pueblo en medio de la historia, hace posible escuchar el testimonio de las Escrituras “no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como palabra de Dios” (1Ts 2,13).

---

<sup>9</sup> J. A. MÖHLER, *La unidad en la Iglesia* (Madrid 1996) §31

<sup>10</sup> Cf. Jn 5,25-28; 8,51; 11,25-26

## 2. Palabra e Iglesia

Resuena así en su contexto propio la intención de este décimosegundo Sínodo: servir al anuncio de la Palabra de Dios, a su acogida creyente por el hombre de hoy. Pues no sólo la Palabra nos ha sido dicha en el común camino (sin-odos<sup>11</sup>) del Pueblo que Dios ha llamado y guiado, sino que, de hecho, se ha conformado y transmitido hasta nosotros como “Sagrada Escritura” en la gran tradición de la Iglesia del Señor.

“Sínodo” es nombre de la Iglesia, surgida de la Palabra, convocada por ella en la historia como pueblo singular, constituida definitivamente por la revelación definitiva en la Encarnación de la Palabra divina. Y en la Iglesia la Palabra ha sido acogida, reconocida en su inspiración divina y en su autoridad canónica, ha sido transmitida oralmente y por escrito, ha sido leída y estudiada, traducida y comentada.

En la Palabra resuena la iniciativa liberadora y salvífica de Dios, se manifiesta su rostro, se nos comunica su amor y su sabiduría. Si creemos en el Señor Jesucristo, en la obra de Dios en la historia de los hombres, no podremos no amar y estudiar, leer, meditar, transmitir la Sagrada Escritura como Palabra de Dios.

Así ha sido siempre en la historia de la Iglesia, llegando a formarse escuelas y lugares de estudio, que muy rápidamente adquirieron el mayor nivel científico posible, histórico y filológico (Orígenes, por ej.), y que no sólo fueron importantísimas para la vida de las comunidades eclesiales, sino que tuvieron igualmente un influjo cultural incalculable –la traducción de la Escritura al latín en la Vulgata, por ejemplo, por no recordar traducciones modernas como la del mismo Lutero–, dando forma más tarde incluso a estructuras propiamente universitarias, a “Facultades de Teología”.

Pero la Escritura ha sido leída, meditada, comentada y transmitida a todo el pueblo cristiano en la enseñanza de la fe, en la catequesis, en la oración personal y litúrgica, en las celebraciones sacramentales y, sobre todo, en la de la Eucaristía, en la que confluye toda la plenitud de significado de la Palabra divina: proclamada, celebrada y comunicada incluso corporalmente en el misterio de la comunión eucarística con nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia es, pues, “criatura de la Palabra”, surgida del don pleno de la Palabra divina, y con todo su ser hace presente, comunica y anuncia la Palabra de Dios en la

---

<sup>11</sup> La palabra “sínodo” (σύνοδος = camino juntos) se usa ya en el griego clásico; se encuentra ya en la literatura apócrifa del NT utilizado como un paralelo de “sinagoga” (*Protoevangelio de Santiago* 15,1)

historia.

La celebración de un Sínodo de la Iglesia universal sobre la Palabra pone una vez más ante nuestros ojos el significado único, lo indispensable de la Escritura para la vida de la fe y de la Iglesia. Esta ha sido la experiencia de la Iglesia desde sus mismos inicios y así será siempre. Esta nueva iniciativa de nuestro Papa Benedicto XVI junto con todos los obispos puede ser entendida como una insistencia en lo urgente, en nuestros días, de adquirir renovada conciencia de nuestra vinculación intrínseca con la Palabra de Dios, de la vinculación intrínseca entre Palabra e Iglesia, entre testimonio en palabras y hechos presentes en la historia.

En efecto, este nexo intrínseco entre “palabra” y “hechos” que caracteriza toda la economía de la revelación<sup>12</sup>, que se anuda definitivamente en la “Palabra encarnada”, en Jesucristo, no siempre es visto con claridad en nuestra época. Ello ha provocado también particulares dificultades e incluso distorsiones en el acceso del Pueblo de Dios a la Palabra de Dios en las Escrituras.

Las raíces de este problema están en la extensión ya desde el siglo XVII de la convicción de que Dios no ha intervenido, no podría siquiera intervenir nunca en la historia, en la que sólo actúa el hombre. El racionalismo dieciochesco transmitirá esta presunta certeza, junto con, en paralelo, la seguridad de la autosuficiencia del hombre, de la razón humana, para explicar toda la vida y guiar la historia; sería indigno de una razón adulta necesitar una ayuda externa, ni siquiera de Dios mismo que se revelase.

Se cortaba así el nexo indispensable para acoger la Escritura como “Palabra de Dios”, y ello se manifestó en el centro mismo del problema: en la reinterpretación desde finales del siglo XVIII y hasta hoy de la figura de Jesús en coordenadas que fuesen aceptables a una razón humana soberana y autosuficiente. La “Palabra de Dios” corre el mismo destino de la fe en Jesús como Verbo, como Hijo de Dios hecho hombre. Donde esta fe no se da, se impone la necesidad de reinterpretar como solo humano todo el testimonio escriturístico, aún a costa de hacerle fuerza, de considerar al pueblo judío y a los apóstoles como gente particularmente ruda e inculta, nada digna de confianza (así a finales del XVIII y principios del XIX), gente que habría vivido en un mundo mítico, en culturas atrasadas que les hacían decir cosas que no podría ya aceptar ningún hombre de

---

<sup>12</sup> Cf.: “El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas” (DV 2)



nuestra civilización del progreso y de las luces.

No podemos aquí ni intentar describir la posterior historia, larga y apasionante, de la investigación histórico-crítica sobre la Escritura<sup>13</sup>. Pero sí conviene recordar algunas certezas, claras ya para todo estudioso serio y útiles para acercarse a la Palabra de Dios.

La lectura e interpretación de la Escritura en el ámbito de la sola razón –aun usando del mejor modo sus métodos históricos de análisis– no podrá nunca reconocer a Jesús como Hijo de Dios o producir por sí misma la fe en la Palabra revelada de Dios. La razón no se basta para producir la fe, que implica reconocimiento, escucha de una Palabra que la sola razón por sí misma no puede producir. La fe es fe en la Palabra de Dios, en Dios que me habla y que me manifiesta su amor; no es simple elaboración de ideas o sentimientos propios.

La investigación histórico-crítica seria sabe de sus límites y reconoce lo singular del testimonio de las Escrituras. Esto se manifiesta especialmente ante la persona de Jesús; como ha dicho muy bien Ernest Käsemann, cuando se llega al término del estudio histórico, se encuentra uno como ante un enigma: ¿quién eres tú, a quien yo no consigo definir, cuya identidad no se reduce a ninguno de mis esquemas?<sup>14</sup>

La segunda gran certeza hecha posible por la investigación histórica ha sido la del significado decisivo del ámbito de experiencia en que se sitúa cada autor, es decir, del contexto hermenéutico. Se ha podido observar cómo durante mucho tiempo cada uno ha presentado a Jesús según los modelos de fondo de su propio mundo; y así sigue siendo muchas veces incluso hoy, como muestra por ejemplo el “Jesús californiano” de Crossan<sup>15</sup>. Se trata de la pregunta ya clásica sobre desde donde deben ser leídos los Evangelios para ser bien entendidos.

Si el contexto de experiencia es sólo el de la razón humana, de las posibilidades de acción que tiene el hombre en la historia, se planteen como se planteen, el resultado

---

<sup>13</sup> Una breve presentación de esta evolución en A. CARRASCO ROUCO, “La puesta en cuestión histórico-crítica del testimonio apostólico sobre Jesucristo”, *RET* 61 (2001) 207-231; “Historia y Revelación: acceso crítico a la figura de Jesucristo”, in: A. Pérez de Laborda (ed.), *Dios para pensar* (Madrid 2002) 117-134

<sup>14</sup> Así concluye E. KÄSEMANN su famoso artículo *Das Problem des historischen Jesus*, (1954) publicado luego en “*Exegetische Versuche und Besinnungen*”, I, Göttingen 1970<sup>6</sup>, aquí pp. 213-214

<sup>15</sup> Así comenta G. THEISSEN la obra de CROSSAN, en: G. THEISSEN–A. MERZ, *Der historische Jesus*, Göttingen 1996, 29

será siempre el mismo: un Jesús interpretado dentro de las coordenadas del esfuerzo histórico humano, un gran hombre quizá, incluso alguien de algún modo único, pero nunca el Hijo de Dios que haciéndose hombre trajo consigo “toda novedad” (Ireneo), la salvación de lo humano y del hombre mismo, la comunión con Dios.

Volvemos así al punto de partida. Sólo en el contexto de la historia de Dios con su Pueblo, sólo si existe una experiencia humana renovada por la presencia, la palabra y las obras del Señor, será posible escuchar las Escrituras y comprenderlas como verdadera “Palabra de Dios”. La verdad de esta interpretación se manifestará, por supuesto, en su adecuación al testimonio escrito, en su capacidad de leerlo, estudiarlo, entenderlo, sin necesidad de reducirlo, de recortarlo o de negar valor a las intenciones más propias de los textos. Y sólo la posibilidad de tal interpretación adecuada explica razonablemente la capacidad de recibir, conservar y transmitir la Escritura como tal a lo largo de los siglos, con un profundo respeto y veneración, que no pone en cuestión la unidad del conjunto de sus libros, ni su autoridad canónica.

La segunda prueba de la verdad de esta escucha, de esta fe en la Palabra vivida en medio de la Iglesia, será precisamente el crecimiento en la certeza y la esperanza que genera el conocimiento del amor de Dios, que se manifiesta como gratitud profunda ante su misericordia, como paz ante el don de la salvación de nuestras personas –¿quién nos separará del amor de Cristo?<sup>16</sup>–, como capacidad nueva y sorprendente de amar al prójimo según describía Pablo, sin que cese ni se agote nunca el amor<sup>17</sup>.

Cuando la escucha de la Palabra –y la comunión de la Eucaristía: hechos y palabras– nos lleva a gloriarnos, no de nosotros mismos, sino del amor del Señor, que murió y resucitó por nosotros, no temiendo ya a la muerte ni, por tanto, a los poderes de este mundo, entonces encontramos en nosotros mismos la mejor prueba de cuál es el camino y el lugar adecuado para la interpretación de la Palabra de Dios: la vida de la Iglesia, que Cristo hizo surgir con la entrega de su propia persona y alienta siempre en la historia con su Espíritu.

La comunión del Pueblo de Dios que camina en la historia, el “Sin-odo” de la Iglesia, es el lugar de la Palabra. En su seno la recibimos, en su seno seguimos escuchándola cada día, y sólo gracias a la participación fiel en su vida la entendemos.

---

<sup>16</sup> Cf. Rm 31-39

<sup>17</sup> Cf. 1Co 13

+ *Alfonso Carrasco Rouco*  
Obispo de Lugo